Serie 3. Año I. Nos. 5° y 6°

LECTURA AMENA

Director, LUIS CANO.

Administrador, J. EMILIO CALLE.

CONTENIDO

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR"

1904

LEY 51 DE 1898 (15 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

(*Continuación.*)

Art. 5.° Todo dueño, administrador, ó encargado de establecimiento tipográfico, de grabado etc., queda obligado á enviar al Ministro de Gobierno, al Gobernador del Departamento respectivo y al Prefecto de la Provincia, dentro de los tres días subsiguientes á la publicación de todo libro, folleto, revista, periódico, hoja volante, grabado etc., un ejemplar de tales producciones, el cual circulará libre de porte por las estafetas nacionales. A la Biblioteca Nacional se enviarán tres ejemplares.

(*Continuará.*)

CONDICIONES

Lectura Amena verá la luz pública el 15 y el 30 de cada mes.

Suscripción á la serie de 5 números.......... $ 35

Número suelto.......... 8

Se publican avisos á razón de $ 98 la página, y $ 2 la línea de *long-primer*.

Los Agentes tendrán derecho al diez por ciento de las suscripciones que coloquen y paguen.

No se devuelven sino los originales que rechace la Junta de Censura, y se hará con la nota respectiva.

Todo pago debe hacerse anticipadamente.

Administración: Imprenta de *El Espectador*, Calle Real de Guayaquil, número 16.



José A. Silva



REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | *Medellín,* 15 *de Diciembre de* 1904. | *Nos.* 5 *y* 6

NOCTURNO

I

Una noche,
Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
Una noche
En que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
A mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
Como si un presentimiento de amarguras infinitas
Hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
Por la senda florecida que atraviesa la llanura
Caminabas;
Y la luna llena
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
Y tu sombra,
Fina y lánguida,
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectadas,
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban,
Y eran una,
Y eran una,
Y eran una sola sombra larga,
Y eran una sola sombra larga,
Y eran una sola sombra larga....

II

Esta noche
Solo; el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
Separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
Por el infinito negro
Donde nuestra voz no alcanza,
Mudo y solo
Por la senda caminaba....
Y se oían los ladridos de los perros á la luna,
A la luna pálida,
Y el chirrido
De las ranas....

Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
Entre las blancuras níveas
De las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
Era el frío de la nada.
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectada,
Iba sola,
Iba sola,
Iba sola por la estepa solitaria;
Y tu sombra esbelta y ágil,
Fina y lánguida,
Como en esa noche tibia de la muerta primavera,
Como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella. . . ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas! . .

JOSÉ A. SILVA

IMPRESIONES INTIMAS

Mayo 24 : 1896.

Hoy ha muerto José A. Silva. Apareció en su cama con el pecho atravesado por la bala de un revólver viejo.

A las nueve de la mañana un amigo me dió la noticia fatal, y me dirigí incontinenti al lugar del suceso : la casa de habitación del poeta.

La nueva circulaba yá profusamente por la ciudad ; en los corrillos todos se discutía con calor el acontecimiento, y en semblantes de viejos y jóvenes, mujeres y niños, el menos observador hubiera leído la marca de la estupefacción y el asombro.

José A. Silva muerto ? Imposible !

José A. Silva suicida ? Jamás !

Y sinembargo, José A. Silva se acababa de eliminar, por su propia mano ; voluntaria y conscientemente ; con el cálculo de un matemático, y con sangre fría aterradora......

—Que era un loco?—Digo que nó.

—Un cobarde?—Mucho menos.

—Un vencido en la lucha?—Eso, quizá.

Y qué de opiniones encontradas sobre el suceso ; y qué de comentarios, y cuánta psicología, y cuánto, cuánto entrometimiento en el ajeno cercado.

—Lo mató el mal de Werther, dicen los que saben de Gœthe.

—La neurosis, algunos que sólo la nombran por ser el vocablo de moda.

—El hastío, otros que ven en ésto un cañón Krupp.
—Las malas lecturas, los timoratos que paladean el Kempis.
—Las tendencias, muchos que acaso no tienen ningunas.
—El medio, los psicólogos de tres al cuarto.
—El atavismo, las gentes que entienden el asunto.

Y los noveladores de esquina, que están *en todo*, siguen á Bretón en sus investigaciones y concluyen misteriosamente con el sugestivo *¿Quién es ella?*

Por último, otros, quizá los más indiferentes, para mí los menos temerarios, ésa es la palabra, se contentan con escuchar, no dicen nada, ó aventuran muy poco.

¿Por qué no he de formar entre éstos? Así sea; y como respuesta al sempiterno ¿Qué lo ha matado? diré á secas: la bala de un revólver viejo..........

No escudriño causas, desde luégo que juzgo esa tarea harto inútil, ahora que la cuestión grave ha pasado; me refiero al hecho terrible de la desaparición de José A. Silva, aquella personalidad única que se destacaba entre todas; la originalidad misma; "el número uno" de la juventud de hoy, como solía calificarlo un distinguido caballero, su amigo y admirador, y *causeur* inimitable y estupendo.

Lo dicho: ni inquiero ni trato de saber más en el asunto: respeto de modo casi fanático el fuero interno de los otros, y en el caso particular presente, apenas me atrevo á detener el pensamiento, por temor de errar, en el proceso de esa lucha titánica, íntima, misteriosa, que debió de verificarse allá en lo más oculto de ese cerebro pensador; esa lucha en que todo aquello que á la vida mantiene sujeto al sér, quedó vencido en la hora suprema por la fuerza incontrastable de una voluntad de granito y de un carácter de acero templado al rojo blanco de la contemplación de tánta miseria y futilidad mundanas.

La mano apenas puede estampar aquí esta frase triste: "José A. Silva ha muerto!" Y bien sabe Dios que diera con gusto muchas de las venturas en que aún espero, hasta trocadas en pesares—tánto así se ha conmovido mi alma—porque aquellas fatídicas cinco palabras no las hubiera delineado nunca mi pobre pluma.

II

No era un loco. Pudo acabar en un manicomio—nadie está exento del desequilibrio, y menos los que no hacen sólo vida vegetativa—; pero aun en ese caso, hubiera sido, no temo decirlo, un loco sublime, un organismo excitado sirviendo de envoltura á un espíritu soñador y siempre hecho de luz. ¿Y por qué quienes lo imaginan hoy en la estrecha jaula, con la camisa de fuerza, los ojos extraviados y las manos en horrible crispatura, no dilatan algo más su mal dispuesta imaginación para verlo en el goce de una vida reposada, sin ser hostilizado, y sin tener que estar defendiéndose á diario de sus muchos *desemejantes*, en fin, disfrutando de esa existencia que tánto él ansiaba y se merecía?

Tampoco era un cobarde. Su vida fué una constante lucha, y su muerte fué un triunfo, á lo menos para él, para él que supo despren-

derse de todo y mirar con fría indiferencia fama y aplausos, honores y mimos, que estaba cierto de merecer y que habría llegado á alcanzar. ¿Y por qué quienes lo ven flaqueando ante los embates de la suerte, no lo admiran con ojos atónitos (respétenlo al menos!) en el instante supremo de abandonar la vida, de renunciarlo todo, de recibir con deleite íntimo el beso helado de la muerte y emprender audaz el vuelo por las sombras de lo ignorado?

Quizá fué un vencido; pero no fué el vencido vulgar que se rinde cayendo de hinojos ante el enemigo y depone humildemente las armas. El quebró en dos la espada, é impregnado en la idea de Arboleda, no esperó del vencedor salud alguna, y se entregó con la altivez del luchador infatigable y fuerte.

Y dicen otros: Era un hombre frío, horriblemente frío. Acaso también llegó á serlo. ¿Y quién no se congela y endurece envuelto en las capas de hielo de ese polo inmenso que se llama la sociedad moderna? ¿Y por qué los que le echan en cara su frío hoy, cuando todo esfuerzo sobra, no fueron en otros días á prestarle el calor del desinterés y del cariño?

—"Porque era un abismo", me responden. Y yo contesto: no se nace misterioso y ajeno á toda expansión; pero el potente y no interrumpido taladro de la contraria humanidad, cava profundas simas en las conciencias más ingenuas y sencillas. ¿Por qué han de ser los hombres arroyos de aguas transparentes que dejen ver el fondo límpido, si se sabe que el odio y el mal no descansan en su tarea de llenar esas aguas de inmundo lodo? Quizá no hubo unos ojos bastante amigos del bien para bajar hasta el fondo de aquel sér, que acaso hubieran hallado allí tesoros inmensos de sentimiento. "Bienaventurados los que han hambre y sed de ternura", decía él mismo en una de sus preciadas obras literarias.

III

Tengo para mí, contra el común concepto, que Silva no amaba la vida. Y no lo digo por el hecho de quitársela voluntariamente; mal podría amarla quien como él la conocía tan á fondo, sabía lo que ella es, cómo es, y para qué sirve.

Digo que no la amaba: la cultivaba como el jardinero la más valiosa de sus flores, como el hombre moderno *cultiva*—perdón por la palabra—ese curioso espécimen de flor que se llama la mujer bella. Algo de "flirt" había entre él y esa hermosa, pero sólo "flirt", nada de transportes, ni emociones, ni arrobamientos infantiles. Por eso se le veía en ella, prodigándole sus mimos, en el corazón de la sociedad mundana; pero vino el frío, llegó el desencanto, abandonó á la pérfida y linda coqueta, y se fué en busca de la otra, la Muerte, no menos bella, la hermosa pálida de Gutiérrez Nájera.

Investigador hasta la manía, quiso probar todas las sensaciones de la carne y del espíritu, sin excluír las místicas y pasando con predilección por las de la ciencia y el arte; y como arpa eólica expuesta á viento fuerte, hizo vibrar todas las cuerdas de su sér. Nuevo Santo Tomás, palpó las llagas ulceradas de individuos y castas; tuvo en sus

manos esa manzana de Sodoma de la existencia, aspiró su perfume; pero al abrirla y contemplar su podre, la arrojó con desdén y se encaminó á toda prisa á descifrar el "cruel enigma", ese hondo misterio de la muerte que le barrenaba el cerebro.

Y dejó los salones del gran baile de máscaras, como aquel que cansado de ver disfraces, de observarlo todo, de conocer á muchos bajo el dominó de oropel y colorines, fatigado y sin esperar nada, consulta su reloj, y, creyendo llegada la hora, se retira á su lecho en busca de sueño. Mas como él también, puesto que estaba en la fiesta, tuvo por fuerza que usar del antifaz, dió con su voluntaria muerte forma á lo que soñara Heine en esta estrofa que no resisto á la tentación de copiar:

Así al baile de máscaras grandioso
Iré, y me rodearán reyes y reinas;
Yá Arlequín me saluda, yá aquel otro
Con la espada de palo me golpea.
Y aquí está el chiste: me descubro el rostro,
Y los bandidos trémulos se quedan!

Só que alguien ha dicho: "La última palabra del siglo es ésta: irse." Pienso que á tal sentencia deba dársele dilatada acepción. Ella no implica que el hombre ha de variar de sitio á cada instante como una golondrina; tampoco nos manda ser turistas; parece más bien expresar una idea de progreso. Volad, nos dice, en alas del pensamiento á dondequiera que haya algo qué aprender, algo nuevo qué escudriñar. El cuerpo puede quedar no importa dónde: la tumba ó el gabinete de estudio, el lecho de muerte ó la biblioteca; el espíritu se encargará de hacer el viaje,—ave luminosa que no encuentra obstáculos y sigue siempre adelante, adelante.. ....José A. Silva se marchó después de investigar cuanto le fué dado, á continuar su obra de curioso observador. Quizá hoy, nuevo Livingstone, explora los desiertos de ultratumba. ¿Quién será su Stanley? ¿Cuál de nosotros marchará primero?

En fin, ha muerto. Su carne, allá en el hueco oscuro de la fosa, es ahora un triste puñado de cenizas; pero el perfume de la materia, ese fluído inmortal, el espíritu, flota en ondas rutilantes sobre nosotros, haciendo que no se borre el recuerdo de su personalidad y de sus obras; éstas no morirán de seguro, como la mano que las trazara: y si por suerte contraria también mueren, poco importa á quien de lo ignoto vino, tornar á los negros dominios de Nirvana.

IV

. . . .
. . . .

CLÍMACO SOTO BORDA

A JOSE A SILVA

Tú, predilecto de los dioses, viste,
Serena el alma y con esquivos ojos,
La fértil rama de laurel, los rojos
Mirtos robados al amor. Naciste
Para llevar sobre la frente rosas
De aroma extraño y de misterio llenas,
Para besar las sienes de las diosas
Bajo los sacros pórticos de Atenas.

A tu velado gabinete, envuelto
En vaga red de hiedras tembladoras,
—Gala del rojo cortinaje suelto—,
Viste llegar en las dormidas horas
En que al reír de alborotado coro
Furtiva nota en los espacios yerra,
Musa gentil cuya sandalia de oro
Apenas rasa el polvo de la tierra.

Mas la guirnalda que tejió su mano
Pobre la hallaste y sin matices; vano
Fué su esplendor de juventud, que grata
Sólo te fuera la corola inerte
En cuyos albos pétalos desata
Soplo de aroma arrobador la Muerte.

Sólo esa extraña viajadora esquiva
De frente blanca y de pupilas graves,
Que el sueño infunde con sus labios suaves
Y ama á la hermosa juventud altiva,
Marcó tu asilo con su pie liviano;
Y cabe el lecho, en el pesado muro
Vino á colgar con sigilosa mano
Su leve manto de crespón oscuro.

Regó en tu pecho sus guedejas blondas,
Como sumida en amoroso dejo;
Bañado el rostro en límpido reflejo
Bajo el albor de sus miradas hondas,
—¿Por qué la noche, le dijiste, tarda?
Es para ti mi juventud gallarda,
Mi pecho esquivo á los amantes lazos.
Yá no ambiciona mi apolínea frente
Fácil lisonja de caricia ardiente;
Quiero dormir bajo la paz del cielo,
Pero dormir en tus mullidos brazos
Libre de insomnio, en tálamo de hielo.

V. M. LONDOÑO

1896.

SUSPIROS

Si fuera poeta y pudiese fijar el revoloteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con alfileres sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños en raras estrofas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros,—de ese aire que vuelve al aire, llevándose consigo algo de las esperanzas, de los cansancios y de las melancolías de los hombres.

*

Y para huír de los suspiros de convención, de las romanzas sentimentales, llenas de luna de pacotilla y de ruiseñores triviales, hablaría de los suspiros angustiosos que flotan en el aire espeso é impregnado del olor de ácido fénico, en la luz dorada de los cirios, entre el aroma vago de las flores mortuorias, cerca de aquellos cuyos ojos, cerrados para siempre, guardan las huellas violáceas de los últimos insomnios, y cuyos labios se ajaron con el frío de la muerte....

*

Ah nó! Ese suspiro sería demasiado triste para hablar de él; su recuerdo haría nublarse los ojos nuevos de las lectoras,—los ojos oscuros unas veces como noches de invierno, azules y claros otras, como el agua de los lagos quietos.

Para que no se nublaran, hablaría del suspiro de voluptuosidad y de cansancio que flota en el aire tibio de una sala de baile, iluminada como el día, reflejada por espejos venecianos; del suspiro de una mujer hermosa y joven agitada por el valse, cuya piel de durazno se sonrosa, y cuyos dedos de hada estrechan febrilmente el abanico de plumas flexibles que le besan la falda; del suspiro sensual y vago que se pierde entre las blancuras rosadas, en el aire donde palpita el iris en los diamantes, donde la luz se quiebra en la sangre de los rubíes, en el azul misterioso de los zafiros,—en el aire que arrastra tentaciones de ternuras y de besos....

*

Ah nó! Ese suspiro sería demasiado dulce para hablar de él; su recuerdo haría arrugarse la frente cansada, y blanquearía las canas de los filósofos, por cuyas venas no corre, en oleada ardiente, la sangre de la juventud. Para que pudieran leerme, hablaría más bien del suspiro de cansancio de un viejo, de un suspiro oído una tarde de otoño, en el camino que va del pueblo al cementerio,—un camino donde rodaba la hojarasca empujada por el viento; donde un hilo de agua dejaba oír su queja monótona; donde los árboles, envueltos en nieblas, tomaban extraños aspectos, y en cuyo horizonte, entre las nubes frías y húmedas, se ponía el sol. Oh! aquel suspiro parecía salir, más que de un pecho humano, cansado de la vida, del paisaje mismo, del cementerio donde duermen los huesos bajo la yerba, de la vegetación quemada por el frío, de las oscuridades vagas del horizonte; parecía ser una

queja de la naturaleza deseosa de dormir en definitivo descanso, fatigada de su tarea eterna, de la sucesión infinita de los veranos y de los inviernos, de la luz y de la sombra....

*

Si fuera poeta y pudiese fijar el revoloteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con clavos sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños; si pudiera encerrar las ideas, como perfumes, en estrofas cinceladas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros,—de ese aire que vuelve al aire, llevándose algo de los cansancios, de las esperanzas y de las melancolías de los hombres!

*

Aun siendo poeta y haciendo el poema maravilloso, no podría hablar de otro suspiro.... del suspiro de los poetas cuando no alcanzan á encerrar en su obra la esencia irreductible de las cosas; del suspiro que viene á todos los pechos humanos cuando comparan la felicidad obtenida, el sabor conocido, el paisaje visto, el amor feliz, con las felicidades que soñaron, que no se realizan jamás, que no ofrece nunca la realidad, y que todos nos forjamos en inútiles ensueños!

JOSÉ A. SILVA

LEYENDO A SILVA

Vestía traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

ó trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbros,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe,
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe....

Allí cual casto grupo de núbiles Citeres
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, inviolades y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello:

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una á una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna....

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer rüido pisara por la alfombra

de un templo....y como el ave que ciega el astro diurno
con sus ojos nictálopes ilumina el *Nocturno*

do al fatigado beso de las vibrantes crines
un aire triste y vago preludian dos violines....

....

La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma por la pampa vacía.

Busca á su hermana: un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió á la virgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo....Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

á ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba á Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella.... "Pasemos esta doliente hoja
que mi sér atormenta, que mi sueño acongoja,"

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de són *cálino* y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos á ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos

lanzados en racimos entre las sepulturas
á beberse la sombra de sus noches oscuras....

....

....Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera....

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un Numen dulcemente atediado
á la ideal Belleza del estigmatizado!....

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras á las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

[poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagaroso incienso];

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

....

Oh Señor Jesucristo! por tu herida del pecho
perdónalo! perdónalo! desciénde hasta su lecho

de piedra, á despertarlo! con tus manos divinas
enjúga de su sangre las ondas purpurinas....

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho! circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio......

....

No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del crespo Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza!......

....

Amor! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso;

Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza:
fue el místico sediento que en el raudal se lanza.

Su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y á los fulgores trémulos de un cirio que se apaga......

Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda!....

GUILLERMO VALENCIA.

DE SOBRE MESA

(FRAGMENTO)

Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido á parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino á abrirme el oscuro camino que me ha traído á esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz.

¿Terror?.... ¿Terror de qué?.... De todo por instantes.... De la oscuridad del aposento donde paso la insomne noche viendo desfilar un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro; terror de los paisajes alegres y claros que sonríen á las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror, frases estúpidas que me suenan dentro del cerebro cansado, y Dios?.... "Los pobres hombres están solos sobre la tierra," y que me hacen correr un escalofrío por las vértebras.

No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el haschich, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegue. Después la crápula del cuerpo, obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensayados por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otros, causado de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la existencia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos, y llamando á la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme á la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir....

¡La locura! ¡Dios mío, la locura! A veces— ¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo? —¡cuántas veces la he visto pasar vestida de brillantes harapos, castañeteándole los dientes, agitando los casca-

beles del irrisorio cetro, y hacerme misteriosa mueca con que me convida hacia lo desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos, las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche, se trocaron á la luz de la lámpara que las alumbraba en los mágicos arreos de su vestido de reina; otra noche, en una pesadilla que me apretó con sus garras negras, y de la cual desperté bañado en sudor frío, una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonrosada y fresca, pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa, la otra mitad calavera seca, con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me hablaba con la boca, mitad labios de carne rosada, mitad huesos pálidos, y me decía : "Soy tuya, eres mío, soy la locura!"

Loco! .... El loco en el cuartucho oscuro del manicomio, oloroso á ratón, envuelto en la camisa de fuerza! el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlas en una precisa y razonada monografía....

¿Loco?.... y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas.... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?

JOSÉ A. SILVA

BALADA DE LO IRREPARABLE

SOBRE JOSE A. SILVA

PARAFRÁSTICA

En las húmedas noches
del reino de Plutón de los pesares
vi la sombra de uno
que pasó; las edades
azotaban su alma, y como rotos
mástiles en los mares
que están lejos, las manos levantaba....
(Quizás un agresivo y delirante
domador de infinitos!) Sus canciones
fueron por el dolor abominables,
y cantó entre la turba desdichada,
con sombrío cantar, lo Irreparable.

Y una noche en que ardían las estrellas
(¿Chillaban en recónditos parajes
los grillos...., ó talvez sobre las sombras
venían desde lejos los cantares
de tonos vagabundos?) vi la blanca
sonámbula del cielo levantarse
encima de los altos paredones
de la torre de aspectos fantasmales,
—del espacio vetusto,—y por la negra
cornisa de los montes deleznable
caminar al abismo paso á paso,
caminar al abismo....y desplomarse....
¿Era en marcha segura
talvez é irreparable?

Y vi pasar á alguno
que llevaba intranquila el alma amante
y triste; ante sus ojos desfilaban
las proezas sangrientas y fatales
de todo lo que olvidan
los hombres miserables:
venturas que no llegan,
quimeras ideales,
el dolor de las cosas
que ni son, ni serán, ni fueron antes:
cuanto soñó el poeta
de más sutil, ó efímero y mudable;
y escondía las manos
esquivas y temblantes....
Y más tarde una herida,
como una boca que sangrando se abre,
por los ensueños locos impulsada
tragóse al fin sus dichas y pesares,
—ávida en el tormento y el delirio—,
bajo los golpes de lo Irreparable.

Y unas pálidas manos
(....¿De nieve acaso cual sus sienes mates?....)
con espantados ojos descubrimos
rojas y empurpuradas por la sangre
de las pasiones con el bardo muertas!....
Y una sonriente boca (....¿Con su enjambre
de cantos, ¡ay! por qué yá nunca viene
á nuestros gratos centros?....) detestable
vertió, injuriosa, la palabra llena
de mentiras inicuas y maldades,
de protestas en contra de la vida,
de quejas sollozantes,
y sordas maldiciones,
con el acento de lo Irreparable.

ENVÍO

¡Oh excepcional suicida,
Príncipe en los alcázares del Arte!
tus manos inocentes
están; tus manos quietas, criminales
tansolo para el vulgo;
dulce cual una blanca flor exánime,
te yergues hoy, cansado, solitario,
único, ante el Futuro!....
Soplen graves
las ráfagas del verso
sentido de los vates,
y rieguen el perfume
de un incensario en tu loor!.... Oh de Arte
Príncipe! yá tranquilas
tus manos puras en la cripta yacen;
déja á tu noble espíritu,
déja á tu noble espíritu que hable
por tus cantos, divinos
como coros de ángeles,
del terror de las cosas
oscuras, tenebrosas, insondables:
del terror misterioso
que encarna este vocablo:
IRREPARABLE!

AB. FARINA

Medellín-1904.

RECUERDO

El tiempo, "viejo de paño sanguinario," no podrá abolir de la memoria de los letrados de Colombia el recuerdo de José A. Silva, poeta original y de vuelo condoriano, de rica fantasía y no escasa erudición. El curso de aquél no amenguará su recuerdo, ni su lento soplo aventará esas páginas escritas con sangre, que es espíritu, según Nietzsche.

La melancólica y dulce resignación del olvido, que envuelve á la multitud de las gentes, no tocará con el poeta, porque no fué un alma vulgar ni uno de esos hombres frívolos con quienes tropezamos al salir de casa.

Silva fué un habitante de las orillas del Sena, trasladado violentamente y sin transición á la Altiplanicie.

El medio ambiente en que respiró ahogó en parte su temperamento exquisito y sutilmente delicado.

Viviendo en París, hubiera sido acaso el delicioso cantor de los festines y orgías de la cosmopolita y corrompida Lutecia; hubiera tal vez hecho un compuesto extraño de la aberración diabólica de Charles

Baudelaire, de la divagación elíptica de Stéphan Mallarmé y de la lira viciosa y perfumada de Paul Verlaine: porque su talento era vasto y su inteligencia compleja. Leyó bastante, entendió mucho y digirió más, que es lo difícil y raro en la época actual en que se devora el libro, y en que la fiebre por la lectura desordenada y sin método cunde que pasma.

Bajo el cráneo de Silva ya no bulle el pensamiento antiguo, ni se despereza la idea. Sola está allí la calavera, acurrucada en el antro, quieta, fría, quizás burlona.

En ella no fermenta yá la idea como vino añejo en las ánforas que guarda la vieja cueva.

El gusano se rió de la Poesía y descarnó su rostro.

Cuando se deshicieron sus labios ateridos, volaron las estrofas.

Pasó como un soplo extraño: era la Musa que huía.

Y el poeta quedó solo, solo, solo; más que antes.

Y faltaron las sílabas musicales del verso raro, las canciones de sabor amargo y color crepuscular caído, tristes y nostálgicas....

¿A dónde ha ido el cantor de los metros mustios y cansados, de contornos femeniles y extrañezas lánguidas? ¿Qué se hizo? ¿Dónde está?....

Silva acendró un espiritual veneno como de mandrágora y se estrelló en los brazos helados del hastío. Su musa vivió triste, y él pereció tiritando de frío. Su muerte obedeció talvez á una necesidad orgánica; la alegría de vivir parece absurda en una complexión morbosa; el gobierno en ella de la voluntad común, impotente.

El poeta calzó el coturno modernista, escribió el verso de factura caprichosa, y lanzó *Nocturno*, cuyo mérito principal no sé si estriba en el desempeño revolucionario por lo que á métrica atañe, ó en el sentido hondo y sugestivo que encierra esa composición íntima.

Sintió el dolor psicológico, la nostalgia del Arte bello, la vacuidad de las cosas; quizá temió ver deslizarse á lo largo de su cuerpo la camisa de fuerza del manicomio, y escribió entonces *De Sobremesa*, confesión talvez, sincera, de una agitadísima época suya.

Amó el pasado brumoso, las cosas viejas, tristes, desteñidas,—sin voz y sin color,—y al público entregó *Vejeces*, feliz evocación de antiguos días, en mejores, si cabe, felices versos.

"El Paraguas del Padre León." Viva impresión me causó su lectura. La silueta de ese buen sacerdote de antaño no ha podido borrarse de mi imaginación; tan presente la tengo. Cada paraguas que veo me trae á la memoria el ídem abigarrado del Padre León, como también en cada hirviente y aromática chocolatera recuerdo las estupendas jícaras que á sorbos tomaba el buen hombre en casa de sus piadosas feligresas. El parangón que establece el poeta entre el Bogotá viejo y el nuevo, hace desear la vuelta de los tiempos coloniales y de las costumbres sencillas y austeras. La prosa de ese artículo es serena, y se desliza suavemente á los oídos del lector. Parece una página arrancada á los "Recuerdos de infancia y juventud," de un conocido autor francés....

¿A qué seguir esbozando la tarea literaria de Silva, reducida en

cuanto á la producción, pero selecta y fecunda en cuanto á trascendencia?

Sabido es que su forma, no siendo académicamente seca, es no obstante clásica.

La sociedad bogotana con sus marcadas tendencias al refinamiento artístico, producto de la corrupción del espíritu, ó, mejor dicho, de la selección individual, encarnó en Silva la exquisitez de la frase, preñada de fondo y de jugosa medula, y tan distante del gongorismo que nada exhibe como de la modernísima exageración decadente.

Murió joven y vivió un siglo. Quiero decir que absorbió en pocos años la existencia de muchos y resumió en sí conocimientos que son del dominio de varios separadamente.

La tendencia al universalismo fué una de las fases de su vida literaria, y talvez el abuso de los narcóticos y drogas venenosas una impulsión de su fatal manía de pensar.

La vida interior de Silva parece haber sido una refriega contra la duda y el tedio, una pesquisa hacia lo bello, una peregrinación dolorosa en busca de aptitudes desconocidas para su alma triste y su cabeza atormentada, y su sensible organismo una trama complicada de nervios dislocados, vibrantes á las menores emociones artísticas y agitados con frecuencia por el morbo degenerativo.

Buscó para su daño el aristocrático revólver, y la diestra del poeta ejecutó lo restante. Un coro de espectros debería de haber saludado el estruendo del arma, y de los rincones del taller actual donde el poeta lapidara el vocablo modernista, salir los espíritus que en vida se llamaron Larra, Larmig, Acuña, Obeso, Pérez Bonalde.... —"¡Qué amarga broma es la vida!"—exclamaran lanzando una carcajada y desapareciendo entre las tinieblas de la Musa negra que envuelven á esos bardos cansados de existencia.

. . . .

Un violín oigo á lo lejos que preludia *Nocturno*, quedo, muy quedo....En la pradera vaga una pareja bañada por la luna....El poeta sigue muerto, libre en fin por siglos de las fatigas terrestres....

TOMÁS PALACIO U.

BALADA DE LO IRREPARABLE

PARA EMILIO GOMEZ H.

En las húmedas noches de los reinos de Hades
Vi la Sombra de uno que pasó; las edades
Azotaban su alma; levantaba las manos
Como mástiles rotos en los mares lejanos....
(¡Quizás un agresivo domador de infinitos!)
Y cantaba con voz abominable
Entre la clamorosa turba de los proscritos
La canción de lo Irreparable.

Y una noche de estrellas.... (¿en los hondos rincones
Crepitaban los grillos....ó venía de lejos,
Sobre las sombras, una canción de errantes dejos?)
Vi la blanca Sonámbula sobre los paredones
De la Torre vetusta, fantasmal, paso á paso
Por la negra cornisa deleznable
Caminar al abismo y desplomarse.... ¿Acaso
Al paso de lo Irreparable?

Y vi pasar Alguno que llevaba intranquila
El Anima doliente; por su abierta pupila
Desfilaban fatales las sangrientas hazañas
Y escondía las manos temblorosas y hurañas....
Y más tarde una herida—sanguinolenta boca—
Abrió al mandoble de acerado sable;
Que se tragó sus dichas atormentada y loca
Al golpe de lo Irreparable!

Y unas pálidas manos.... (¿nieve sobre tus sienes
Aridecidas?) vimos con los ojos inciertos
Manchadas en la sangre de los Amores muertos!
Y una boca sonriente.... (¿por qué ya nunca vienes
Con tu enjambre de besos á la roja colmena?)
Blasfemó la palabra detestable,
De mentiras inicuas y de maldades llena,
Con la voz de lo Irreparable....

ENVÍO

Oh Príncipe! inocentes están tus manos lentas,
Te yergues dulcemente, cansado Solitario!
¡Soplen humanas ráfagas, voraces y violentas
Que rieguen el perfume del trémulo incensario!
Oh Príncipe! tranquilas están tus manos puras;
Déja tu noble espíritu que hable
Del terror de las cosas tenebrosas y oscuras,
Del terror de lo Irreparable....!

AQUILINO VILLEGAS

Mayo-1904.

EL PARAGUAS DEL PADRE LEON

PRÓLOGO

A CLIMACO SOTO BORDA.

Muchas veces lo he visto de cerca y muchas de lejos, y en cada una de ellas lo he mirado y remirado con el empeño con que un semi-escritor enamorado de la teoría del *documento humano*, observa á los tipos

que se apartan de la humanidad corriente, de la humanidad de pacotilla.... Me he complacido en estudiar los pormenores de su extraña figura, mezcolanza de líneas purísimas y de detalles grotescos, aquel perfil regular y noble de la cabeza amplia, aquellos largos cabellos blancos, aquellos ojos verdosos de expresión alocada, aquella nariz aguileña, aquellos paraguas inverosímiles que lo abrigan en los días lluviosos, aquel lente, forjado como para el ojo de un cíclope, que carga en el bolsillo, aquel cuerpecito de gnomo, aquella voz chillona unas veces, cavernosa otras, con que alarga hasta lo infinito las sonoras sílabas latinas de las liturgias diarias....

Lo he visto oficiar, vestido con una casulla lila, tramada de oro, cayéndole sobre las canas ensortijadas un rayo de sol matinal, envuelto en la nube aromática del incienso que sube hacia el tabernáculo, y en esos momentoe la figura toda, el perfil de filósofo romano, los ojos verdosos, el cuerpo deforme, tomaban una expresión de rara nobleza aumentada por el prestigio de los movimientos lentos y hieráticos.... Lo he visto en el tendido de la plaza de toros, vestido con una sotana raída y polvorienta, la fisonomía vulgarizada por el entusiasmo de la corrida, la cara congestionada por el calor del mediodía, sacudiéndose como un energúmeno, y limpiándose las gotas del sudor que le perlaba en la frente con un pañuelo enorme de seda amarilla, que estrujaba con las manos, ridículamente pequeñas....

Sin embargo, cuando pasen muchos años y haya muerto él y lo oiga nombrar y al oír su nombre vuelva yo los ojos hacia los días de hoy, perdidos para siempre en el fondo del tiempo, no lo recordaré ni hermoseado y ennoblecido por las lujosas vestiduras sacerdotales ni vulgarizado por el ambiente caliginoso del circo....

El Padre León.... El paraguas del Padre León.... Las misas del Padre León.... La imagen que entonces, al vibrar en mis oídos, suscitarán esas sílabas, no serán las evocadas antes, sino otra, tan precisa, tan neta y al mismo tiempo tan sugestiva que no resisto al deseo de convertirla en unas líneas para llenar esta primera página del álbum que has tenido la peregrina idea de dedicarle....

La esquina de una calle central, el cielo y los lejos negros como boca de lobo, rayados por los hilos de plata de una llovizna fina; el piso húmedo y brillante por la lluvia; allá arriba, entre lo oscuro de la noche, la irradiación fantasmagórica, la claridad deslumbrante é incolora de un foco de luz eléctrica, que hace más intensa la sombra alrededor; abajo, en la calle, diez pasos adelante de la lámpara incandescente, esta silueta inverosímil: Bajo un paraguas enorme, un paraguas rojo de colosales dimensiones; un duende negro, de un metro de alto, con vestido talar y sombrero plano de anchísimas alas, que lleva en la mano una linterna de vidrios verdes.... Sobre el empedrado brillante por la lluvia, la sombra del duende; la cabeza enorme, el cuerpo pequeñísimo, los reflejos rojizos del paraguas, los reflejos verdeesmeralda de la linterna, se proyectaban fantásticos.

El primer instante de verlo así fué delicioso para los ojos que deseaban color, mucho color, fatigados por lo gris del lluvioso crepúsculo.... Aquello daba la impresión de una cosa no cierta, irreal....

¿De dónde venía, á dónde iba el Padre León, protegido por el enorme paraguas rojo, alumbrado por la diminuta linterna verde?.... De fijo había tomado el chocolate en casa de unas buenas amigas suyas, dos viejecitas que viven por la calle de las Béjares, en una sala que olía á papayas, sentado en un viejo sillón de cuero labrado, de vaqueta cordobesa, teniendo al frente un cuadrito desteñido de Gregorio Vásquez....y conversando de las profecías del doctor Margallo y del próximo fin del mundo. Después del chocolate le habían dado dulce de uchuvas ó de cabellos de ángel, después un tabaco que olía á vainilla.. Aquello era el Santafé dormilón, inocente y plácido de 1700, un pedazo de la vieja ciudad de la mula herrada, del espanto de la calle del Arco y de la luz de San Victorino ...

En ese instante un *coupé* negro y brillante, tirado por un soberbio tronco de alazanes, un *coupé* que parecía una joya de ónix, manejado por un cochero inglés, correcto y rígido bajo su casacón de paño blanco, cruzó bajo el foco de luz eléctrica....Era el coche salido de los talleres de Million Ouet, del Ministro X, que vendió por seis mil libras esterlinas sus influencias para lograr tal contrato escandaloso....Alcancé á ver por la portezuela abierta el perfil borbónico del magnate y la cabecita rubia, constelada de diamantes, de su mujer, aquella *fin de siècle* neurasténica que lee á Bourget y á Marcel Prevost, y que se ha hecho famosa por haber comprado todas las joyas que, en su postrer viaje á Europa, trajo el último de los Monteverdes.... ¿A dónde iba la elegante pareja?....A oír el segundo acto de *Aida* en el Teatro Nuevo, el lujo de la Bogotá de hoy, de la ciudad de las emisiones clandestinas, del *Petit Panamá* y de los veintiséis millones de papel-moneda....

El siglo diez y ocho encarnado en el Padre León; el siglo veinte encarnado en el omnipotente X, vistos ambos, en menos tiempo del que había gastado en convertirse en humo aromático el tabaco dorado del cigarrillo turco que tenía en los labios; vistos ambos á la luz de la lámpara Thomson Hauston, que irradiaba allá arriba entre lo negro profundo su luz descolorida y fantasmagórica....

¿No vienen siendo las dos figuras como una viva imagen de la época de transición que atravesamos, como los dos polos de la ciudad que guarda en los antiguos rincones restos de la placidez deliciosa de Santafé y cuyos nuevos salones aristocráticos y cosmopolitas, y cuya corrupción honda hacen pensar en un diminuto París?....

JOSÉ A. SILVA

Bogotá, Mayo 5 de 1894.

SILVA, ROMANTICO

PARA LECTURA AMENA.

Cruzan, por tus estrofas, como en tropeles
De remotas edades, los caballeros,

Abrillantando el aire con sus aceros,
Y maltratando el suelo con sus corceles.

Las gemas irisadas de los joyeles;
Los aromas de cálidos pebeteros;
Los armoniosos giros, raudos, ligeros,
En salones mullidos de rubias pieles.

Pasan, con sus bandurrias, los trovadores,
Y los viejos castillos, con sus ventanas
De mágicos calados y mil colores,

Donde—como gacelas—tras las persianas,
Burlando el celo altivo de los señores,
Asoman sus perfiles las castellanas.

Noviembre-1904. B. TEJADA CÓRDOBA

?

A ANTONIO J. RESTREPO.

¿Porque de los cálidos besos
de las dulces idolatradas,
en noches jamás olvidadas
nos matan los locos excesos;

Son sabios los mustios rezos
y las humildes madrugadas
en celdas, sólo adornadas
con una cruz y cuatro huesos?

Nó! Soñadores de infinito!
De la carne el supremo grito
hondas vibraciones encierra:

Dejadla gozar de la vida
antes de caer corrompida
á las negruras de la tierra!

JOSÉ A. SILVA

ORATORIO

En el aposento estrecho,
en la blanca pared fijo,
tiene muy cerca del lecho
donde duerme, un crucifijo.

Que como á dulces abrazos
llamando al ánima vil,
tiene los rígidos brazos
sobre una cruz de marfil;

Y de espinas coronada
dobla la cabeza, inerte,
de noble expresión, helada
por el beso de la muerte.

En ese sitio, amorosa
la oración de ritmo breve
va de sus brazos de rosa
hacia los brazos de nieve.

JOSÉ A. SILVA

JOSE ASUNCION SILVA

Acóge con benevolencia mi ofrecimiento,
porque tu victoria será mi propio triunfo.

JOSÉ ANTICH.

Como en esa noche tibia de la muerta primavera,
por la senda florecida, al reflejo de la luna,
vió surgir, allá muy lejos, silenciosamente bruna,
la insondable lontananza del país de la Quimera.

Vió el perfil amable y dulce de otra vida placentera,
los mirajes de otros cielos, y la sombra que se aduna
á su sombra, lentamente.... *Y eran una, y eran una,*
una sola sombra larga....Y cruzaron la pradera......

....

Y diríase que duerme....Sueña. El alma poesía
cabe el mármol de su losa, prende un cirio día á día
con la aurora. Vagan ritmos por las hojas de las palmas....

Y al paisaje silencioso de la muerte, acaso yerma,
inmutable como un mártir, su alma triste, su alma enferma,
se alejó tras las siluetas de los sueños y las almas.

ABEL MARÍN

1904.

J. A. SILVA

(FRAGMENTOS)

Trátase nada menos que de evidenciar los altos méritos y sincerar la gloriosa memoria de aquel artista superior, sobre cuyo desastrado fin obró en no corta parte el general desconocimiento que para tan excelsas cualidades mostró siempre nuestra República. Síguese de aquí, por razón de lógica inflexible, la necesidad de dividir nuestro trabajo, para que llevado gradualmente el ánimo á resultados quizá dignos, se aprenda al cabo á conocer la pujanza irresistible del poeta y el ignorado esfuerzo de su genio.

Porque no fué Silva uno de aquellos que en terreno suficientemente preparado y con el sudor de sus mayores recogieran fruto de labor mitad vencida; antes por el contrario, tras larga y solitaria preparación, en el angustioso apartamiento de una Psyquis torturada, hubo de cosechar lauros eternos con mies abundantísima de cardo.

En ese atrevidísimo escalamiento de las cimas, en esa inquieta fuga hacia lo desconocido, está el secreto de su muerte. Aquel lidiar sin sosiego, aquel huír desenfrenado por las regiones de la especulación más complicada, resultan ser la clave del tremendo desenlace. El drama gigantesco del espíritu se desarrolla lentamente á nuestra vista en

estas páginas de su libro. Allí se dan las pulsaciones de esa alma combatida y agonizante, en choque poco usado con la privanza groseruela de los viles. Por toda línea vemos ideales arrasados, ansias comprimidas, desesperanza irremediable: como que la vieja fábula de Sísifo llegara á humanarse y á encarnar en esa dolorosa historia, en esa historia horripilante de un seleccionado cuya aversión sincera á lo mezquino apenas hallará rival entre nosotros.

*
* *

No tuvimos el honor de verle á nuestro lado. Jóvenes y desdichosos hijos de un país selvático, en el cual todo miramiento al Arte sale extraño, fué sólo por el rastro de su sangre por lo que llegámos á entender que un mártir nuevo era pasado.

De ello há cuatro años.

Tampoco á ese Larra le era lícito marcharse sin aportar gran vástago á las Letras: un astro, melancólico y fulgente debería suceder al que finaba.

El hoy ilustre payanés D. Guillermo Valencia ocupó entonces su vagar gloriosamente, produciendo con general estupefacción esa elegía que magnifica al héroe de ALMA (*); y, pues echó allí el creador de "Anarkos" la base más augusta de su fama, para que aqueste hubiese mejor éxito, llevado en alas de la Prensa soltó el sublime canto, que pregonaba á grito herido la gigantez y el duelo de su hermano.

Un tierno amigo que hora duerme el sueño sin vigilias tuvo á bien mostrarnos ese canto; y bajo una crepuscular lluvia de oro, en el silencio de la plácida avenida, devorámos juntos las estrofas, esos *ritos* cadenciosos é impecables donde todo vibra con la animación radial del genio, y nada sobra, y la patricia dama corre y corre sendas libres del espíritu, hasta topar con un monstruoso y crisográfico avechucho sobre el perfil amarillento de una calavera.....

Tras la excursión vino el anhelo; tras el cantor panegirista surgió el motivo; y con la fiebre entre los huesos rastreámos agujeros, fastidiando lindamente, y nos tumbámos á la larga en brazos del hechizo, para apurar copas vinadas ó delicioso absintio en los poemas del Rabbí.

Ciertamente, algo sabíamos de la excelente pluma entonces rota; pero la involuntaria lejanía á que á la suerte plugo echarnos de todo trato y roce literarios, fué causa á no asignar un justo precio á aquella pompa, á aquel derroche lírico de tintas y sonidos que constituye el soberano mérito de Silva,—bien que (como de rigor entre maestros) velando siempre un fondo raro, una severidad muy clásica y juiciosa.

*
* *

Hijo del opulento D. Ricardo y nieto de ese Apolo que llevó su propio nombre, gemelo en belleza de la Elvira cantada por él mismo en el *Nocturno* incomparable, delicado como una sensitiva y singular en su talante cual en los íntimos repliegues de su sér, parecía José Asun-

(*) Título de una proyectada edición de Silva.

ción llamado á ocupar sitio de preferencia entre los favoritos de la Tierra.

Ignoramos la fecha de su nacimiento.

Sobre esto no hay acuerdo ni en los biógrafos ni entre los admiradores.

Según datos que hemos recogido, parece el año de 1860 responder mejor á nuestras dudas.

Nació en Bogotá, y recibió allí una esmerada educación que él supo aprovechar con el amoroso ardor por ilustrarse y la pasmosa facilidad de asimilación que—es fama entre sus amigos—mostró con lucimiento yá en las aulas.

Amábanle sus compañeros, y la delicadeza intuitiva nada tuvo qué pedirle,— ¡á él, que todo y muy de buena gana se lo daba!

No sabemos tampoco (y excusará el lector tamaña ignorancia, en gracia á la desidia de nuestros conterráneos en la divulgación de noticias que á ajenos favorezcan), no sabemos tampoco á punto fijo si conquistó los grados profesionales, ó se vió en la cruel necesidad de abandonar carrera á que hubiese consagrado sus afanes.

Cónstanos de oídas, solamente, que, muy niño aún, solía extraviarse por los bosques, en cuyo inextricable laberinto le admiraron varias veces contemplando y componiendo á solas instintivos, candorosos versos. El, como Pascal, mientras otros descuajaban cepas y azotaban rudamente los arbustos, tendía el vuelo más arriba, preparando en el silencio un triunfo inavaluable, y dando riendas á su estro.

*
* *

De los años que inmediatamente discurrieron, poco ó nada se nos dice. Parece que no fueran desgraciados.

Con fecha hasta de 1875 debió de facturar coplas infantiles, en las que el brote naturalmente religioso no faltaba, según notamos por las dulcísimas estrofas de *Primera comunión.*

¡Desventurado vate, que de tal modo, (casi seguramente lo decimos) procedía! ¡Robustecer á diario un sentimiento que más tarde al golpe de la lucha habría de desaparecer llenando con un lago de tinieblas los risueños verjeles de la infancia! ¡Acostumbrar la mente al bien soñado, para caer después ya sin aliento en un inicuo campo de batalla donde los hombres rugen como fieras y la Esperanza huye espantada!

Pero tal mandó el Destino.

Otro poeta con quien aquél guardaba semejanzas, otro artista milagroso, hijo de Cuba, que, á igual talvez de Silva, experimentó grandes torturas, preparó también su alma para el llanto, acrisolando en sus albores una ráfaga de gloria que se disiparía como el humo al despedirse el niño de los claustros.

Era Casal.

Y yá sabéis de qué murieron ambos.

El uno pereció por la morfina; cayó al otro ancho sepulcro un tiro bien certero.

*
* *

Hay dolores que los tontos no conocen, y tristezas que no llevan

los vulgares. Uno de aquéllos es perder toda ilusión y remitir á pesar nuestro todo alivio.

Soñar primero amor y calma; vagar después ansioso entre una multitud hostil ó indiferente; cerrar el paso á quejas sin medida; humedecer con lágrimas la sábana del lecho;

"buscar en el regazo de las bellas"

un consuelo que no pueden ó no saben dar las mismas; llamar al templo santo una y cien veces; alzar la mano trémula á los vientos; correr con paroxismos la agria senda....y, luégo, acobardado por el cínico espectáculo del Mundo, clamar á voces un *¡Socorro!* que se quiebra entre las sombras....Desventurado vate el que tal hace! Falta vena á su esperanza; calor y brío niega á su blasfemia. Pliégase al tacto misterioso de Asphodel, soportando, sinembargo, la huracanada furia de las olas.

En espíritus medianos el problema religioso halla fácil solución. Opérase ello con groseros signos, sustituyendo á la elocuente discursiva la candidez nada envidiable de quien todo lo acepta para esquivar esfuerzos y vigilias, ó bien, negando á ojo cerrado la abrumadora irradiación de los misterios sobre el oscuro plano de la Vida.

Silva, sutil é investigador por condición de su organismo, amamantado al pecho de una fe que se derrumba en nuestra época, hundió sin miedo la cuchilla de su análisis en las podridas carnes del creyente; y, espantado y atraído en igual forma por aquellas enseñanzas de otros días, sintió de pronto que la tierra desligada mal podría sustentarle, y batalló afanosamente por ganar toda la cima.

¿Cómo fué que su cerebro así nutrido flotó por largo tiempo, hasta violar rabioso el cerco mágico y desprender como un vapor su esencia en lo infinito?

Debemos explicárnoslo talvez por las frecuentes impulsiones y el dinamismo equiparador con que volvia, de rechazo, á los primitivos ideales.

Su mente apasionada y soñadora repugnaba como un tósigo la sequedad de extrañas teorías, acá y allá escogidas entre los más ilustres filósofos modernos; y el óleo de los recuerdos abrillantando las imágenes distantes, comunicaba un atractivo poderoso á los sagrados ritos.

Y entonces fué la lucha.

Con delicia melancólica, al través de las "rotas alegrías", creaba allá en el fondo otro santuario, un santurio muy distinto en que oficiaba el Todo inmenso y la Ansiedad violenta suspiraba por las más opuestas formas y experiencias.

"Amando los detalles, odiar el Universo,"

fué tarea á que, en nuestro concepto, abondonó José la enorme plétora.

(No queremos por ello hacerle cargo, como tampoco disculpar ligeramente el extravío, si lo hubo. Siendo para nosotros de toda verdadera ingenuidad el proceder, ¿á qué tornar sobre sus pasos, y fustigar ó defender una ceniza que ora yace entre polvo y despojos confundida?)

AB. FARINA

1902.

LA CALAVERA

En el derruído muro
De la huerta del convento,
En un agujero oscuro
Donde, al pasar, silba el viento,

Y como una dolorida
Queja á las piedras arranca,
Hay, en el fondo, escondida
Una calavera blanca,

De algún fraile soñador
De vida ejemplar y bella
Y dedicada al Señor,
En el mundo única huella.

Abre los ojos sin fondo
Como á visiones extrañas,
Y del vacío en lo hondo
Forjan telas las arañas.

Húmedo musgo grisoso
Recubre la antigua grieta,
Donde en supremo reposo
Descansa ignorada y quieta.

Pero hasta aquella escondida
Mansión la brisa ligera
Lleva murmullos de vida
Y olores de primavera.

Golondrinas, que en sus marchas
Dejaron el patrio río
Huyendo de las escarchas,
De las brumas y del frío;

Cuando la luz del Poniente
Filtra por el hondo hueco,
Y hace parecer viviente
El cráneo rígido y seco,

Desde las negras rüinas
Alzan el sesgado vuelo,
Y en sus vueltas peregrinas
Tocan las ramas y el suelo,

Como buscando en el prado,
Yá por la tarde, sombrío,
El espíritu elevado
Que habitó el cráneo vacío.

JOSÉ A. SILVA

LAZARO

—¡Lázaro, vén!
gritóle
el Salvador; y del sepulcro negro
el cadáver alzóse entre el sudario,
ensayó á caminar á pasos trémulos,
olió, palpó, miró, sintió, dió un grito,
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del crepúsculo oscuro, en el silencio
del lugar y la hora, entre las tumbas
de antiguo cementerio
Lázaro estaba sollozando á solas
y envidiando á los muertos.

1890.

JOSÉ A. SILVA

CARTA ABIERTA

Señora:

Hace dos años, en una larga temporada que pasó usted en el campo, llevando una vida apacible y tranquila, consagrada á la pintura, me hizo usted el honor de invitarme á almorzar una vez en su casa. Las horas que pasé allí me parecieron breves, como nos parece breve todo lo que es muy grato. Antes de que nos sentáramos á la mesa nos mostró usted su último estudio de pintura en pleno aire, acabado en la semana anterior; era aquella figurita la de una muchacha campesina, perdida en un trigal y que lleva en las manos unos manojos de yerba y unas flores; un cuadro lleno de luz y de aire de campo. Después del almuerzo, á tiempo del champaña que hervía en las copas, y del café negro aromático como una esencia, nos propuso usted que diéramos una vuelta por las cercanías y todos aceptámos alborozados su idea.

Adelante íbamos usted y yo, y nuestra conversación fué una larga confidencia mutua de nuestra adoración á la Belleza. Me hablaba usted de los incomparables goces que el arte le ha proporcionado en su vida; de la serenidad que esparció en su alma la contemplación de los mármoles antiguos; de la fascinación que ejercen sobre usted la ingenuidad inefable de las Vírgenes de los Primitivos, la sonrisa misteriosa de las figuras de Vinci, la claridad que dora las tinieblas rojizas de Rembrandt, la diáfana luz extraterrestre en que baña Murillo sus aspiraciones; me contaba usted que la música de algunos maestros, la hace á usted olvidarse de sí misma y sentir la tristeza, la alegría, los matices de sentimiento que interpretan las sinfonías inmortales. Con frases ardientes y sin dominar mi entusiasmo de fanático, le decía á usted que en las obras de los grandes sacerdotes de la palabra, ésta acumula todos los medios de que disponen las otras artes para recrear la vida, agregándole el alma del artista; le contaba cómo me desvanece el olor de los cadáveres, de aquella ciudad que agoniza en el último canto del poema de Lucrecio; le contaba que de entre la muchedumbre que gesticula y ama y odia y mata y muere en los dramas de Shakespeare, salen á veces á hablar conmigo, el pálido príncipe que conversa con los sepultureros y el judío ávido que reclama su libra de carne; le decía á usted que los poetas son compasivos con los que los aman, que Musset les da á beber á sus íntimos el champaña ardiente de su sensualismo gozador; de Vigny, un brebaje negro que procura la resignación; Shelley, un haschich sutil que lo hace sentirse á uno hermano de las plantas que florecen en el jardín encantado; Longfellow, el agua de las fuentes campesinas en que se mojan los helechos y se refleja el cielo, y Baudelaire y Poe, un opio enervante que puebla el cerebro de sombras alucinadoras, entre cuya oscuridad brillan los ojos de lady Ligeia y vibran unas campanas fantásticas, y aletea el cuervo y suenan quejidos de inexplicable angustia.

En los silencios de nuestros diálogos oíamos atrás las voces de nuestros compañeros que discutían el alza de las acciones de un ferrocarril en construcción: que ponderaban la honradez y la habilidad de un Ministro recién posesionado, de quien se prometían maravillas; que pronosticaban la cosecha venidera como muy abundante y calculaban

en coro el alza segura del papel moneda. Nosotros perdidos en nuestra conversación, ellos discutiendo sus graves cuestiones económicas, sin que ninguno sintiera la distancia al caminar paso entre paso por la vereda sombreada de salvios oscuros y de lánguidos sauces, fuimos á dar al pueblecito vecino.

Para mí se fundieron en una sola, penetrante, fina y sutilmente voluptuosa, las impresiones del paseo, la temperatura tibia del aire y la claridad de la hora, la expresión aristocrática de la fisonomía de usted y los detalles exquisitos de su vestido; la quietud adormecida del paisaje y el olor del White Rose que emanaba del pañuelo de batista que tenía usted en la mano enguantada de piel de Suecia; la luz sonrosada en que la envolvía á usted, al tamizar los rayos verticales del sol, su sombrilla de crespón rojo; la sonrisa desencantada que asomaba á sus labios y la música de su voz al contarme las dificultades con que había luchado al pintar su último cuadro.

Hoy, en unas horas perdidas, mientras que la llovizna monótona extiende sus cortinas grises por el horizonte y enloda las calles y lo entenebrece todo, como un pianista desconfiado que antes de preludiar una sinfonía toca interminables escalas para adueñarse de los secretos de la práctica y dominar el teclado sonoro, me he entretenido en hacer ejercicios de estilo, para lograr que las palabras digan ciertas impresiones visuales. Es así como he escrito estas TRASPOSICIONES. Mientras las escribía recordaba las horas que pasé aquel día en casa de usted y se me impuso la idea de suplicarle que aceptara estas páginas en recuerdo de ellas y de nuestra larga plática de Arte.

Nuestros compañeros que conversaban esa mañana del ferrocarril en construcción, de la habilidad del Ministro, de la cosecha mirífica y de la baja del cambio, han tenido después decepciones crueles y han renegado de sus entusiasmos de entonces; el ferrocarril está inconcluso y las acciones no tienen cotización; el Ministro resultó un imbécil, las sementeras se perdieron y el papel-moneda bajó veinte por ciento.

Usted y yo no hemos tenido desengaños acerca de los entusiasmos que motivaron nuestro diálogo de ese día; sigue usted con más amor que nunca, fijando en sus cuadros la poesía eterna del color, de la luz y de la sombra; sigo leyendo yo mis poetas y tratando de dominar las frases indóciles para hacer que sugieran los aspectos precisos de la Realidad y las formas vagas del Sueño; cuando se sienta usted á su piano Weber y pasa los dedos ágiles y finos sobre el teclado de marfil, las sonatas de Beethoven la hacen entristecerse más suavemente que entonces; cuando abro yo mi ejemplar de los poemas de Bourget, tirado en papel de la China y empastado por Thibaron en pasta llana de marroquí rojo del Levante, con filetes de oro, siento una emoción más profunda al releer la *Meditación sobre una calavera*, ó las estrofas penetrantes y musicales de la *Noche de Estío*; cuando los ojos de usted, fatigados por la policromia de la paleta, se detienen en la Ninfa de Clodion, aprecian mejor el moldeado blando del seno y las curvas armoniosas de las piernas gráciles; cuando vuelve usted á mirar la copia del *Angelus* hecha por sus manos, siente más á fondo la poesía sencilla y grandiosa del lienzo magistral, y se deja invadir lentamente por la me-

lancolía que flota en la claridad moribunda de aquel cielo de crepúsculo y que cae con la sombra sobre la tierra ennegrecida y sobre las figuras de los labriegos.

Es que usted y yo, más felices que los otros que pusieron esperanzas en el ferrocarril inconcluso, en el Ministro incapaz, en la sementera malograda ó en el papel-moneda que pierde de su valor, en todo eso que interesa á los espíritus prácticos, tenemos la llave de oro con que se abre la puerta de un mundo que muchos no sospechan y que desprecian otros; de un mundo donde no hay desilusiones ni existe el tiempo; es que usted y yo preferimos al atravesar el desierto, los mirajes del cielo á las movedizas arenas, donde no se puede construír nada perdurable; en una palabra, es que usted y yo tenemos la chifladura del arte, como dicen los profanos, y con esa chifladura moriremos.

Señora, déjelos usted que nos llamen chiflados y que se burlen de nuestra inocente manía. Ya ve usted cómo al cabo de dos años nosotros adoramos con más fervor lo que queríamos entonces, y ellos han perdido sus ilusiones. Ríase usted de ellos, señora, si su bondad inefable se lo permite, y si nó, compadézcalos. Los dos hemos escogido en la vida la mejor parte, la parte del ideal, la parte de María, y mientras que Marta prepara el banquete y lava las ánforas, nosotros, sentados á los pies del Maestro, nos embelesamos oyendo las parábolas.

Es fácil que algunos instantes de desabrimiento y de acedía le impidan gozar del éxtasis de las fruiciones estéticas; que las tentaciones del mundo vengan á turbar la paz del espíritu de usted, y que la muselina de Siriganor de un vestido de baile salido de las manos de Worth, ó el oriente rosado de las perlas de un collar que tenga en el estuche de raso negro la marca de Baugrand Rivir, le parezcan á usted más deseables que el claro oscuro exacto de un esbozo difícil ó que la interpretación sincera de una mediatinta fugitiva; yo he tenido días de esos en que, desesperando de lograr la armonía de un período ó la música de una estrofa, y olvidado de mis poetas, he pecado gravemente, y he perdido mi fervor, sin fuerza para resistir las tentaciones vertiginosas del Oro. Aconsejado en esas horas de aridez espiritual por mi confesor laico, un viejo psicólogo que tiene en su celda, por todo adorno, una copia de la *Melancolía* de Alberto Dürer, y que posee á fondo los secretos sutiles de la dirección de las almas, he alcanzado grandes consuelos y he restablecido la paz interior leyendo y meditando mucho aquellos versículos suavísimos de la Imitación:

Excedunt enim spirituales consolationes, omnes mundi delicias, et carnis voluptatis.
Nam omnes deliciæ mundanæ aut vanæ sunt, aut turpes.

(*De Imitat*, Lib. II, Cap. X.)

. . . .

Que al leer usted estas páginas sienta algo del encanto que tuve al escribirlas, y al recordar la mañana clara y tibia en que caminámos juntos por la vereda que lleva á la casa de campo donde pasó usted horas tan apacibles, retirada del mundo y distraída de las preocupaciones mezquinas del diario, por el sortilegio misterioso del Arte.

JOSÉ A. SILVA

EL NOCTURNO

PARA LUIS CANO

A

Entre los espasmos de un dolor sombrío,
por un' agria riba de desolaciones,
con el cierzo extraño, pertinaz y frío
de la más helada de las Estaciones,

L

vuela un' Ave rara de tediosas alas,
en su afán acaso demandando asilo
á las sordas Grutas sin verdor ni galas,
do no brota el agua ni florece el tilo.

L

Alma de un poeta sobrehumano y fuerte
que burló el secreto de la Vida yerta,
parece que busca su amparo de muerte
por los campos grises de la pampa abierta.

E

Se aleja, se aleja .... y en sus giros varios,
al doliente acorde de fugaz *Nocturno*
posa el vuelo débil sobre los osarios
que profana el paso del tráfago diurno.

L

No es ave : en su pico la queja fué humana ;
no es monstruo : lamenta la fuga imprevista
de un viento de Otoño que hurtando á la hermana,
dejó sobre el prado la frágil arista.

U

Recuerda las noches de aroma y de luna,
el éter profundo, la sombra enlazada,
l' albura del lecho, la racha importuna,
las frías mejillas, l' ausencia y la nada.....

I

(Y al fin ha partido de acíbar repleta
el alma, en un rapto de duda y misterio ....
Guirnaldas ciñeron tu frente, ¡ oh poeta !
al eco de triunfo de más de un psalterio.....

A

Mañana á tu fosa de ilustre linaje
vendrán los romeros del Arte divino,
con un canto digno como en homenaje,
y un' ánfora llena del dórico vino.

.

Tu Muerte fué hermosa; bien joven la viste
cruzar por tu senda de duelo y de gloria.
Te amaba, l' amabas nostálgico y triste ;
y en noche de bodas tál beso la diste,
que fué aquélla entonces tu noche mortuoria).

AB. FARINA.

MUERTOS

En los húmedos bosques, en otoño,
Al llegar de los fríos, cuando rojas
Vuelan sobre los musgos y las ramas
En torbellinos las marchitas hojas,
La niebla al extenderse en el vacío
Le da al paisaje mustio un tono incierto,
Y el follaje do huyó la savia ardiente
Tiene un adiós para el verano muerto,
Y un color opaco y triste
Como el recuerdo borroso
De lo que fué y ya no existe!

En los antiguos cuartos hay armarios
Que en el rincón más íntimo y discreto,
De pasadas locuras y pasiones
Guardan, con un aroma de secreto,
Viejas cartas de amor, ya desteñidas,
Que obligan á evocar tiempos mejores,
Y ramilletes negros y marchitos
Que son como cadáveres de flores
Y tienen un olor triste
Como el recuerdo borroso
De lo que fué y ya no existe!

Y en las almas amantes, cuando piensan
En perdidos afectos y ternuras,
Que de la soledad de ignotos días
No vendrán á endulzar horas futuras,
Hay el hondo cansancio que en la lucha
Acaba de matar á los heridos,
Vago como el color del bosque mustio,
Como el olor de los perfumes idos,
Y el cansancio aquel es triste
Como un recuerdo borroso
De lo que fué y ya no existe!

JOSÉ A. SILVA

DE TODO

CON la de fundar esta Revista, concebímos la idea de dedicar una de sus entregas á la memoria del vate bogotano José A. Silva.

Quisimos hacerlo en su onomástico, pero circunstancias bien ajenas á nuestro querer nos obligaron á demorar un tanto la salida del número á él consagrado.

Hoy que lo hacemos, vemos con gusto cumplido nuestro deseo y satisfecha en parte la deuda de gratitud y de admiración que contraen los pueblos para con quienes, como Silva, les han dado lustre con su nombre.

JOSÉ A. SILVA.—Fué nuestra intención poner al pie del retrato las fechas de nacimiento y muerte del poeta; pero cuando conseguímos éstas, ya el retrato estaba impreso. No renunciamos al deseo de darlas á conocer de nuestros lectores: nació el poeta el 27 de Noviembre de 1860, y murió el 24 de Mayo de 1896.

LOS RESTOS de Isaacs fueron entregados en Ibagué al señor Dr. Juan C. Arbeláez, delegado de la Diputación Antioqueña, para ser conducidos á Medellín. Pronto, pues, estarán entre nosotros las cenizas del Cisne del Cauca. *Lectura Amena* pone respetuosamente sus columnas á disposición de la señora doña María I Arango de Ll. en su carácter de Directora de la Junta Isaacs, para que haga de ellas en honor del poeta lo que estime conveniente.

EL NAZARENO, hermosa producción del novel escritor Rodríguez Moya, que más que de un joven parece de un maestro, y de la cual se ha ocupado la pluma bien autorizada del Dr. Clodomiro Castilla, acaba, por decirlo así, de ver la luz pública, porque si bien fué editada desde el año pasado, su autor, demasiado sensible sin duda, determinó guardarla, debido al inexplicable silencio de la prensa de la ciudad, con respecto á ella, silencio que, tratándose de un escritor desconocido para los más, podía serle dañino para su personalidad literaria

Esperábamos los admiradores de Rodríguez Moya que alguien dijese de su obra lo único que de ella puede decirse: que es un libro hermoso. Bien por él.

POR ERROR de armada aparece en esta doble entrega la versión parafrástica de la *Balada de lo Irreparable* antes que el hermoso original. Con tal propósito, nos suplica nuestro colaborador Farina hagamos advertencia del desacierto apuntado.

REVISTA NUEVA trae en su último número un elegante sumario que no publicamos debido á la estrechez de nuestras columnas. Con benévolas frases se sirve anunciar la aparición de nuestra Revista, frases que no merecemos, pero que sí aceptamos con orgullo. Para el apreciable colega, nuestra protesta de agradecimiento.

GERMINAL.—Esta importante Revista, que con tánto tino venía dirigiendo nuestro apreciado amigo D. Julio C. Arce, completa su colección con la doble entrega 11 y 12. Leemos en el número décimo que interrumpirá sus tareas por algún tiempo. Es de sentirse la desaparición de tan importante colega, y hacemos votos por que su ausencia no sea demasiado larga. Reconocemos la deuda que con *Germinal* contrajimos desde su galante saludo.

SUPLICAMOS á las personas que nos favorecen con avisos se fijen en las condiciones de nuestra Revista, que para la liquidación de avisos son las mismas de cualquiera publicación del mismo género. A los anuncios que pasen de seis veces les haremos un diez por ciento de descuento y los publicaremos en la forma que se nos exija.

A NUESTROS ABONADOS avisamos que seguiremos cobrando el valor de esta revista por series de 5 entregas. El precio, el mismo.

El número 7.° será número de Diciembre, con material inédito, encargado á plumas maestras.